

"Estos, ¿no son hombres?" La pregunta en tiempos de peligro*

"Are these not also men?"
The question in dangerous times

"Estes, ¿não são homens?"
A pergunta em tempos de perigo

Fecha de entrega: 10 de febrero de 2012
Fecha de evaluación: 27 de abril de 2012
Fecha de aprobación: 13 de junio de 2012

*Manuel Reyes Mate***

Resumen

Este texto, escrito para la quinta fecha del centenario del sermón de Antón de Montesinos, hace una corta descripción de lo que giraba en torno a la época y los problemas que tenía a su alrededor el religioso al plantear la pregunta "Estos, ¿no son hombres?". Además, se hace un corto recorrido por algunos momentos históricos y bibliográficos en los cuales se plantea la misma pregunta, mostrando que con ella se pone en juego la humanidad del otro y también la de quien responde, fundando así la ética de la alteridad. Por último, el texto evidencia brevemente la lucha de Las Casas en España por la humanidad de los

* Este texto hace parte de las investigaciones que el autor realiza en torno al tema de la memoria y el lugar que ocupan los vencidos en las épocas de exterminio. De ahí que sus preocupaciones como estudioso de la filosofía se centren en el papel que esta ocupa después del holocausto en Auschwitz.

** Filósofo español. Recibió el Premio Nacional de Literatura en España. Hace parte del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Correo electrónico: reyes.mate@cchs.csic.es

indios del Nuevo Mundo, al igual que el orgullo que deben tener los dominicos por esta lucha.

Palabras clave: Antón de Montesinos, Bartolomé de Las Casas, “Estos, ¿no son hombres?”, humanidad.

Abstract

This text, written for the fifth centennial of the sermon of Antón de Montesinos, makes a short description of the environment of the epoch and the problems around the religious man for raising the question “Are these not also men?”. In addition, it makes a brief journey through some historical and bibliographic moments in which the same question is asked, showing that with it the humanity of others is put at stake, as well as of that who answers, thus founding the ethics of otherness. Finally, the text shows briefly the struggle of de Las Casas in Spain for the humanity of natives from the New World, as well as the pride Dominicans should have this struggle.

Keywords: Antón de Montesinos, Bartolomé de Las Casas, “Are these not also men?”, humanity.

Resumo

Este texto, escrito para a quinta data do aniversário do sermão de Antón de Montesinos, faz uma breve descrição do que percorria em torno à época e os problemas que tinha ao seu redor o religioso ao expor a pergunta “Estes, ¿não são homens?”. Além disso, se faz um curto recorrido por alguns dos momentos históricos e bibliográficos que levanta a mesma pergunta, mostrando que com ela põe-se em jogo a humanidade do outro e também a de quem responde, fundando assim a ética da alteridade. Finalmente, o texto evidencia brevemente a luta de Las Casas na Espanha pela humanidade dos índios do Novo Mundo, como também o orgulho que devem ter os domínios por esta luta.

Palavras-chave: Anton de Montesinos, Bartolomé de Las Casas: “Estes, ¿não são homens?”, humanidade.

1. A América fueron muchas Españas: la de los aventureros, la de los negociantes, la de los militares, la de los evangelizadores... Hubo una España, sin embargo, que no pudo ir: la que quedó arrumbada el 23 de marzo de 1492, fecha del decreto de la expulsión de los judíos. Entre las Españas que iban en busca de lo desconocido no iba la España política que fue capaz de convivir con el diferente.

Pero no faltaron españoles que iban con los ojos bien abiertos, como esa comunidad de dominicos que en 1510 salió del Monasterio de Santo Tomás de Ávila, con Pedro de Córdova al frente. Eran cuatro, entre ellos Antón Montesino, a los que pronto se sumaron otros provenientes del Convento de San Esteban de Salamanca, hasta completar una comunidad de quince frailes, el número autorizado por la Corona.

Historiadores como Miguel Ángel Medina o Pedro Tomé han llamado la atención sobre un detalle singular: viajaban con libros, algo excepcional, porque los libros debían quedar en los conventos para uso de todos; pero era algo justificable en este caso, porque había mucho que estudiar en el nuevo destino. El saber de la época estaba muy circunscrito al *Orbis Catholicus*. Ahora, sin embargo, había que interpretar el derecho, la antropología, la ciencia y la teología teniendo en cuenta a nuevos actores que no eran de las razas conocidas, que no habían oído hablar del Evangelio y que se ubicaban allende los *finisterrae* ya cartografiados. Había que ir con libros, y cuando estos corrían peligro de naufragio, como le ocurrió en Campeche a la expedición de Las Casas con 46 dominicos de San Esteban en 1544, los frailes ponían tanto empeño en salvar a los hombres como a los libros.

Durante todo un año observan en la calle, estudian en los libros y rezan en sus oficios, llegando a la conclusión de que había que hablar. Fieles a su lema *Contemplata aliis tradere*, tenían que pasar de la meditación a la denuncia, del conocimiento a la palabra. Encargan, entonces, a su mejor predicador, Montesinos, "que era aspérrimo en reprender vicios", para que tome la palabra y diga lo que todos piensan. Y así lo hace. Ante las autoridades del reino, Montesinos denuncia la violencia de los "conquistadores y plantea una pregunta de consecuencias incalculables: "estos, ¿no son hombres?".

Hoy la pregunta nos puede resultar ociosa o retórica, pero en ese entonces no lo era. El español venía de una sociedad fuertemente jerarquizada: arriba el "cristiano viejo" y abajo esos seres inferiores que figuraban en una esquina de *Las Meninas* (la María Bárbola, el Nicolasillo Pertusato), en medio de esos despreciados "mudéjares" que comían carne de pollo y verduras, hortalizas y frutas, cosas de poco alimento. Como

dice Jiménez Lozano, los conquistadores proyectaron sobre los indios la misma mirada que en España tenían sobre los seres inferiores. El eclesiástico de formación aristotélica vio en ellos al “esclavo”, un ser privado del alma racional; el hidalgo los vio como casta vil y despreciable; el señor, como bufones o sabandijas o siervos; el soldado, como enemigos; los mercaderes, como mercancía.

Solo estos frailes vieron en ellos a hombres como nosotros, lo cual constituía un escándalo y una novedad, ya que dominaba la idea de que los indios no eran personas. “Solo un fraile dominico siente lo contrario”, decía un cronista que aún no se había enterado del carácter coral de la voz de Montesinos. Si este incidente ha pasado a ser un acontecimiento, ha sido gracias al testimonio de Bartolomé de Las Casas. Hasta él, a la sazón un cura encomendero, llegó la noticia de la pregunta, la cual le transformó su vida, hasta el punto de que toda su larga y azarosa vida no fue más que una interminable meditación sobre su sentido.

2. Desde la Ilustración asociamos “el proyecto hombre”, esto es, el ser humanos y no animales, a tres preguntas: ¿qué debemos hacer?, ¿qué podemos conocer?, ¿qué nos cabe esperar?; preguntas sobre el ser moral, sobre el alcance de la razón y sobre el sentido de la vida. Conquistaremos la dignidad de ser humano si somos capaces de dar una respuesta razonable, desde nosotros mismos, a esas preguntas.

La pregunta de Montesinos es de otro calibre: es la pregunta que la humanidad se plantea en momentos de peligro, cuando la amenaza no se refiere solo al despliegue del proyecto humano, sino a su posibilidad. Es una pregunta que viene de lejos y no ha cesado de resonar.

Resonó con fuerza, por ejemplo, el siglo pasado en los campos de exterminio. Con esa misma pregunta, Primo Levi da título al testimonio de su experiencia en Auschwitz: *Si esto es un hombre*. Nos pregunta si esos deportados, torturados, humillados y expulsados por los nazis de la condición humana no son acaso hombres.

Pero también se hizo antes. Nos la hizo el “servidor doliente” de Isaías, ese ser cuyo rostro “tan desfigurado estaba, que no parecía ser de hombre” (Is 52, 14). Ese también nos preguntaba si, pese a carecer “de hermosura que atraiga las miradas”, era un hombre digno de ese nombre. La Biblia avanza en dos respuestas: la del hombre que le condena porque tiene lo que se merece, como dirían los amigos de Job, convencidos de que “nunca sufrió el inocente”, como si el sufrimiento fuera la consecuencia de la

culpa; y la de Yahvé, que ve en el sufrimiento del servidor humillado el resultado de su vocación compasiva, concediendo al sufrimiento del otro humillado una indiscutible y misteriosa autoridad moral.

El filósofo francés Jean Luc Nancy emparenta estas preguntas con el *eccehomo* de los Evangelios y habla de la *ecceitas* como substancia de una ética a la altura de los tiempos. Pilatos pregunta a los que acusan a Jesús de sedición si con esa pinta el predicador galileo puede ser un peligro. Pero más allá de la intención de Pilatos, el *eccehomo* es la figura histórica que no solo pregunta por la humanidad del otro humillado, sino también, y al mismo tiempo, por la nuestra, la de los que miran.

En la pregunta de Montesinos, de Isaías, de Levi o la de Pilatos no solo está en juego la humanidad del otro, sino la del que responde. Están en juego las cadenas del otro, pero también las nuestras, hasta el punto de que solo liberando al otro nosotros alcanzaremos la libertad. En esa pregunta estaba en juego no solo el destino de América, sino también el sentido de Occidente. Por eso, es una pregunta epocal, porque inaugura la ética de la alteridad.

3. Hay otro aspecto que quisiera señalar. Le podríamos llamar “el gesto intelectual de Las Casas”. La pregunta de Montesinos tuvo cola porque introdujo la duda sobre la legitimidad de la conquista, y esas eran palabras mayores. Las vemos rebrotar, cuarenta años después, en la Controversia de Valladolid de 1550. Carlos V toma la sorprendente y osada decisión —única en la historia de los pueblos— de someter a debate público los títulos de la conquista. Los protagonistas son Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de Las Casas, dos primeras espadas: un moderno, Sepúlveda, que defiende la conquista, y un teólogo de formación medieval, pero al tanto de la Escuela de Salamanca, que está en contra.

Uno y otro recurren a los saberes de su tiempo —Aristóteles, Salamanca— para dilucidar si la autoridad papal es competente en el asunto, si la *potestas* del emperador alcanza tierras tan lejanas, si los indios son racionales, si son sujetos de derechos, si hay seres humanos nacidos para obedecer y otros para mandar... En esa Controversia, Bartolomé de Las Casas se encuentra con un pie forzado: brilla con fuerza en el conocimiento de los hechos y por sus sentimientos compasivos, pero los saberes de su tiempo no siempre están de su lado.

Su contrincante, Ginés de Sepúlveda, cuenta con notables cómplices académicos —empezando por Aristóteles, la autoridad indiscutible— que no solo distinguen entre seres inferiores y superiores, sino que asocian la inferioridad natural con la inhumanidad. No les cuesta considerar a los indígenas como seres inferiores que no poseen ninguna ciencia, que no conocen la escritura, que practican el canibalismo y hasta los sacrificios humanos. Este es un asunto mayor, porque era considerado hasta por el propio Vitoria como una especie de crimen contra la humanidad que obligaba a la Iglesia y también a los príncipes cristianos a intervenir para salvar a los inocentes (Gutiérrez, 2003, p. 249). Si los indígenas practicaban sacrificios humanos, merecían ser herrados “con el hierro de nuestra marca”, como pedía el cardenal García de Loaysa, es decir, podían ser conquistados y sometidos violentamente a la Corona española.

Las Casas tiene una difícil situación, pues, por un lado, está el saber académico de la época que antes él ha invocado y que ahora da la razón a su adversario; por otro, su experiencia *in situ* le dice que la presencia de los españoles es un desastre. La situación del indio ya es insostenible, pero si se llega a legitimar ese estado de cosas, la catástrofe estaría asegurada. Ese es el dilema en que se encuentra: o seguir la ciencia y hacer daño, o defender al indio y olvidarse de la razón.

¿Qué hacer? Las Casas se enfrenta al dilema con gesto intelectual de gran altura. Un “gesto intelectual” es algo más que un argumento; es una toma de posición, desde el saber y desde la experiencia, que compromete a uno totalmente. Las Casas lo tiene claro: lo primero es la experiencia de la injusticia, y si los saberes establecidos proponen interpretaciones de los hechos que en vez de solucionar la injusticia la agravan, habrá que “mandar a Aristóteles a paseo”, es decir, habrá que declarar irracional a la racionalidad canónica¹. “Quien desee tener muchos súbditos”, añade, “para [siguiendo la doctrina de Aristóteles] comportarse con ellos como cruel carnicero y oprimirlos con esclavitud y así enriquecerse, es un tirano... un bandolero”. No hay razón que valga. La verdad no puede ser injusta; al contrario, tiene que hacernos libres.

Con su gesto, Las Casas propone un giro epistémico de una enorme actualidad. Si hubo un tiempo en el que podíamos pensar que la verdad estaba más allá del tiempo y del espacio, pero hoy sabemos que no, que hay que tener en cuenta el tiempo y el

1 “Quien desee tener muchos súbditos para (siguiendo la doctrina de Aristóteles) comportarse con ellos como cruel carnicero y oprimirlos con esclavitud y así enriquecerse, es un tirano, no un cristiano; un hijo de Satanás, no un hijo de Dios; un bandolero, no un pastor; inspirado por el espíritu diabólico, no por el espíritu celeste” (Las Casas, 1975, *Apoloía*, p. 134).

espacio. Y como "lo que hay de tiempo en la vida es el sufrimiento" (Adorno), "dejar hablar al sufrimiento es la condición de toda verdad". Esa es la gran verdad de nuestro tiempo, una verdad que se anunció madrugadoramente en los acontecimientos de hace cinco siglos y que hoy conmemoramos en Madrid.

En una sociedad como la nuestra, que tanto echa de menos la voz libre de los intelectuales, nos conmueve este grupo de frailes que osaron enfrentarse al poder de un imperio en nombre de los sin-nombre. Es una razón de orgullo para la Orden de Predicadores que tanto se implicó en la defensa de la verdad pagando un duro precio por esa libertad de juicio. El asesinato de Antón Montesino en Venezuela, a manos de sicarios de unos banqueros alemanes, molestos con las denuncias del insobornable fraile, da fe de lo que quiero decir. También para España es razón de orgullo. La conquista violenta de América nubló el juicio de la mayoría de teólogos, filósofos, militares, políticos y gente de a pie. Iban a lo suyo. Por eso reconcilia con la humanidad del hombre la historia de quienes, como la comunidad de Pedro de Córdova, supieron distinguir con tanta claridad el valor del precio.

Referencia

Gutiérrez, G. (2003). *En busca de los pobres de Jesucristo. El pensamiento de Bartolomé de Las Casas*. Perú: CEP.